

Dos grandes miedos tiene el niño: el miedo a lo nuevo y el miedo a las tinieblas.

Miedo a lo nuevo, la cuna flamante, el pajarito nunca visto, el perro, el mar.

Miedo a la obscuridad, a las tinieblas, a la noche, a los trajes negros, «porque el negro color de la obscuridad designa por sí mismo algo desagradable» (Tiedmann). ¿De dónde proviene ese miedo? ¿Es una reminiscencia, como Darwin pretendía, del que sintió el hombre de las cavernas, cuando sentado junto a su hoguera que le daba calor y luz, miraba medrosamente las espantables tinieblas que lo rodeaban plagadas de horriblos peligros?

Más lógico es admitir que en la génesis del miedo infantil aparte del innegable factor instintivo, juega un gran papel la falta de acción — nos referimos al miedo a la obscuridad — del órgano visual.

El niño no tiene en qué apoyarse con sus ojos, resbalan sus miradas en la obscuridad, trazando senderos inacabables. Al mirar las negruras que le envuelven, proyecta en ellas los terroríficos recuerdos que retiene; reales: el perro, el carbonero, el médico barbudo; e imaginarios: los trasgos y brujas que le creó la portentosa imaginación del ama de cría. Por eso tiene miedo. Por eso llega hasta la alucinación hipnagógica. Consciente además de su debilidad, al hallarse solo, teme más a aquellos peligros, que los temería en un lugar donde, viendo algo, no tuviese esta aterradora impresión de soledad.

No hablemos ya del miedo al mar del hijo de Preyer, ni de la identidad de miedo que un recién nacido experimenta ante un jabalí o ante su nodriza. Y como quiera que el miedo se desarrolla con la experiencia del daño, a los diez años se sienten impresiones de espanto mucho más grandes que a los siete.

Diversos grados puede afectar el miedo del niño: Desde el **sobresalto** (el más frecuente matiz del miedo), agitación viva y violenta del alma, causada por la apreciación súbita de un peligro — el perro, el hermanito martirizador que viene de puntillas —; el **espanto**, que le continúa, mientras se crea el peligro real y existente; el **terror**, causado por el anuncio de un gran peligro del que se cree imposible escapar (la inyección del practicante); el **horror**, estremecimiento psico-somático a la vista del objeto odioso (la purga); el **pavor**, que es el valor del miedo, en que, al exagerarse el daño, se piensa en el modo de evitarlo. Y por fin, en grados más elevados de inteligencia, el **temor** en el que se interesa el juicio y la inteligencia, haciendo al niño cauto y reflexivo.

La reacción somática del niño en tal circunstancia es de una admirable plasticidad: el niño que en su cama se halla sumido en la obscuridad y tiene miedo, se arrebujá, encorva, forma un ovillo para presentar menos superficie al peligro, pestañea, permanece inmóvil, anheloso, taquicárdico, arítmico, lloroso, con hiperestesia sensorial y obsesionado por el objeto real o ficticio de su pánico.

El miedo es una manifestación del instinto de conservación, pero es ya una emoción elevada, un sentimiento refinado, derivado de la actividad mental y, por lo tanto, por encima de las emociones hasta ahora estudiadas. Pero el miedo es una emoción egoísta. Y hasta ahora el niño que intentamos presentar, no es más que un pequeño monstruo egoísta y despótico.

Mas sumergiéndolo en su mismo egoísmo el tomasol de la observación, veamos cómo éste nos muestra las reacciones afectuosas del infante. Porque el niño lleva dentro como todos los humanos, **el ángel y la bestia** que decía Pascal, **el cielo y el infierno** que dijo Milton.